

No voy a empezar recordando nuestros primeros días de Universidad, cuando llegamos aquí sin saber muy bien a qué nos íbamos a enfrentar en los próximos cuatro o cinco años. Entonces, de lo único que estábamos seguros, algunos más y otros menos, era que habíamos elegido la carrera que nos gustaba y que estábamos un paso más cerca de nuestro futuro. Hoy nuestro futuro ha llegado.

Así que si nuestro futuro ya está aquí, hay que hablar de presente. Somos el presente con un largo camino por delante. De momento, estos años de carrera nos han servido de entrenamiento, de preparación para lo que viene ahora. Aquí hemos aprendido que conviene hacer un *brainstorming* antes de empezar un proyecto, que una buena documentación nos facilitará el trabajo, que al final un DAFO, o un SWOT que diríais los de bilingüe, se puede aplicar hasta en nuestro día a día... Y para que este discurso llegue a todo su target, tampoco hay que olvidar nuestras luchas con el número f o con el diafragma, casi equiparables a la primera toma de contacto con el tipómetro, por no hablar ya de las retículas... También nos habéis enseñado que las mentiras a veces parecen verdades y así aprendimos a detectar falacias, que conocer el contexto histórico nos ayuda a comprender mejor lo que pasa a nuestro alrededor, que a veces no hay mejor fuente de inspiración que la literatura o que nuestra lengua merece más atención de la que le prestamos... y yo ya he dicho algún que otro anglicismo... A vosotros, profesores, gracias por compartir con nosotros vuestros conocimientos. Cuando empezamos la Universidad os encontrasteis con “chicos torpes y listos/ y dóciles y ariscos” como los que describía Gerardo Diego en su poema; y además recordaba que “pasarán cursos monótonos y prolijos/pero un día tendré un discípulo/un verdadero discípulo”. No se puede decir que seamos vuestros discípulos, pero aún así gracias por ayudarnos a descubrir lo que nos apasiona, aquello en lo que nos queremos especializar y también, por qué no decirlo, gracias por las clases que se nos han hecho eternas y nos han servido para darnos cuenta de lo que no nos gusta. Gracias porque ya no somos solo vuestros alumnos, nos habéis convertido en vuestros colegas.

Pero al margen de lo que nos habéis enseñado y de lo que nos quede de vuestras clases dentro de unos años, mejor cabezas bien hechas que bien llenas, decía Montaigne, quizá los mejores recuerdos que nos llevamos de la Universidad son los que hemos vivido con nuestros amigos. Hace cuatro años la mayoría de

nosotros no nos conocíamos, no éramos más que compañeros de clase. Hoy seguimos teniendo compañeros de clase con los que hablamos poco más que hola y adiós o qué entra en el examen, pero además tenemos amigos. Amistades que gracias a Bolonia han sobrevivido a cientos de trabajos en grupos, a los que seguimos sin ver su utilidad, y a las inevitables discusiones que provocan. Amigos con los que hemos terminado compartiendo piso, recorriendo el mundo, o al menos una parte, o simplemente unas cañas y algunas cuantas fiestas. Amigos que sabemos que van a estar ahí.

Aunque quiénes seguro van a recorrer este camino con nosotros, quiénes se van a alegrar por cada pequeño paso que demos son nuestros padres. Llevan más de veinte años haciéndolo y no pueden tener mejor aval.

Hace unos meses el periodista Pedro Simón escribió en su blog que los mejores regalos que los padres pueden hacer a sus hijos son las raíces y las alas y añadía “algún día regresaré a casa tarde a causa del trabajo (o la falta del mismo). Abriré la puerta del salón y todo estará en orden. Será que habéis volado, vaya”. De momento, no hemos volado, o no del todo, pero hoy estamos más cerca de que llegue ese momento y os lo debemos a vosotros.

Sin duda sois a quiénes hoy tenemos que dar las gracias por haber confiado en nosotros cuando decidimos estudiar estas carreras, que dicen, con pocas salidas. Gracias porque estos años os han supuesto un esfuerzo económico, gracias por animarnos a seguir cuando han llegado los suspensos, alguna nota más baja o cuando pensábamos que esto no era para nosotros. Gracias porque sin vosotros no seríamos las personas en las que nos hemos convertido.

Ahora está en nuestra mano demostraros que vuestro esfuerzo ha valido la pena. Nos pintan un panorama bastante negro y, seamos realistas, nosotros tampoco lo vemos color de rosa. Sabemos que nos espera una larga temporada como becarios, quizá incluso más larga de la cuenta, pero no vamos a dejar que nos tachen de generación perdida. Como escribió Hemingway en *París era una fiesta*: ¿quién trata a quién de generación perdida? No, no somos una generación perdida, confiad en nosotros y dadnos tiempo para demostrarlo.

Y voy a terminar ya, porque me han pedido brevedad, no tanta como en una crónica de radio, pero es que por extensión ya voy camino del reportaje, y no sé si alguien habría pasado del segundo párrafo. Así que, lo único que me queda es desearnos que alcancemos el éxito sin temer al fracaso porque como dijo Leo Burnett, “cuando quieres alcanzar las estrellas puede que no consigas ni una, pero no vas a acabar con un puñado de barro”.

Además, tampoco debemos medir el éxito en fama o en dinero, sino en la satisfacción de ver cumplidos nuestros sueños, de alcanzar nuestras metas, de no perder la ilusión que nos llevó a ser historiadores, creativos, comunicadores o la que nos hizo querer dedicarnos al mejor oficio del mundo.

Enhorabuena, graduados.